

IX

EL RÉGIMEN.

Al ver á Izoard, jefe de taquígrafos, pasear acompañado de Raimundo Eudeline por las salas del Palacio Borbón su larga barba alegórica, su cabeza desnuda, lisa y sedosa como el pelo de una rata blanca, su flotante levita de alpaca y sus zapatillas bordadas de cafetero de la *Cannebière*, todos los que le encontraban en su camino, diputados, cuestores, mozos de servicio, ujieres de la Cámara, se sentían poseídos de un sentimiento de expansión y de buen humor, aunque no pudieran responder á la pregunta que él les hacía con su hueca voz meridional: « ¿Dónde está el ciudadano Marcos Javel? » Hasta la majestad del antiguo albergue de los Quinientos, hasta los héroes de mármol y de bronce que decoran sus patios y sus pórticos, parecían familiarizarse y deponer su tiesura ante aquella divertida y leal fisonomía de marsellés que hacía los honores de la Cámara á su joven amigo.

Cuando atravesaban el salón Delacroix, un ordenanza de la oficina, con botones dorados é insignias rojas, les dijo desde lejos:

—¿Buscan ustedes al ministro de Marina, señor Izoard?

— ¡Toma! Es cierto que es ministro, pensó en voz alta el taquígrafo.

El ordenanza continuó, leyendo la orden del día en el *Oficial*:

« Secciones 6 y 7. Comisión de los correos postales. El ministro de Marina y de las Colonias convocado á la una y media, para informar.

— Tiene la cartera hace dos días; sus informes no podrán menos de ser frescos.

Y la franca risa del marsellés retumbó en las paredes sonoras de la sala, donde están pintados á dos colores maravillosos torrentes en forma de barba que parecen haber tenido por modelo la de Pedro Izoard.

Aquel día había reunión de secciones de una á dos de la tarde, y en los alrededores del salón de sesiones, que no se abría hasta las dos, en los innumerables pasillos y vestíbulos de que se rodea su majestuoso silencio, había un rumor, una agitación parecida á la que producen las abejas en torno de la colmena. Sonaban sobre las losas los pasos precipitados de los diputados que llegaban tarde á sus comisiones y de los empleados cargados de papelotes que pasaban con la pluma en la oreja y con ese aire de importancia y de preocupación, esa hinchazón de las venas frontales que forman parte, con la grasilla y los raspadores, del material de la administración. De tiempo en tiempo en el ángulo de un salón ó de una galería se observaba el coloquio en voz baja de dos cabezas muy juntas ó el cambio furtivo de esos apretones de manos que son como un compromiso, como una firma puesta al pie de un convenio. Al pasar rozándose con una de aquellas parejas equívocas, el taquígrafo dijo al oído de Raimundo:

— ¿No has conocido á ese bribón al que acabamos de estorbar en sus tráficos? Mira de reojo, sin volverte. El pelo hacia delante y perilla Luis XIII... ¿No te acuerdas? Simeón... el antiguo pretendiente de Genoveva, el que no quiso á mi hija porque le faltaban diez mil francos...

— Perfectamente, ya recuerdo...

Sin notar la confusión de Raimundo cuando se hablaba de Genoveva, Izoard continuó:

— Simeón está casado con una mujer muy rica, pero conserva su empleo en la caja de la Cámara. ¿Sabes por qué? Porque allí está mejor colocado que nadie para conocer los diputados necesitados, los que tienen retenciones judiciales de sus dietas y su conciencia pendiente de un hilo. Hay quien le paga caras esas noticias. Al pasar he adivinado lo que estaban manipulando él y Jacques Walter, ese alto y fúnebre esqueleto de ojal florido, nariz remangada y labios pintados.

Ese Walter es el agente, el testaferro de la nueva Compañía transatlántica cuyas proposiciones se están examinando precisamente en las secciones sexta y séptima donde vamos á buscar á Marcos Javel. En esa comisión, que es muy numerosa, debe haber, por lo menos media docena de pobres diablos, acerca de los cuales Simeón ha podido decir á Walter con toda confianza: « Vaya usted, amigo Jacques. » Acaso el mismo ponente se halle en la lista de los famélicos que el empleado habrá dado al agente, porque los dos compadres estaban radiantes cuando nos hemos cruzado con sus innobles personas.

Raimundo manifestó indignación al ver que tan abo-

minable comercio se podía realizar impunemente en pleno Cuerpo legislativo:

— ¡Ah! mi pobre amigo, dijo el viejo, se hacen otros muchos en estos pasillos que recorremos. La podredumbre del oro se apodera de nosotros... Hace cinco ó seis años, desde la muerte de Gambetta, que si no impedía el tráfico apretaba los tornillos á los traficantes, la Cámara esta gangrenada. Hay, sin duda, en ella gente honrada, pero se calla. Yo no me puedo contener, y cuando encuentro á la puerta de las comisiones alguna basura como ese Walter, me dan ganas de llamar á la guardia. Pero veo que gritando siempre, como yo lo hago, y haciendo girar mis ojos como un gato montés, canso á todo el mundo;... y como he cumplido sesenta años y el día menos pensado cierro el ojo...

Entraron en una larga galería del piso bajo, que tomaba luz por estrechas ventanas de un patio plantado de árboles de reflejos verdosos. Enfrente de este patio melancólico y de las banquetas de los porteros, alternando con los armarios en que los diputados dejaban sus cartapacios y sus papelotes, se veía una fila de puertas numeradas detrás de las cuales se elaboraba el misterioso trabajo de las comisiones. Cuando se abría una de aquellas puertas, se veía invariablemente, al rededor de una gran mesa con tapete verde, un sillón y varias sillas en las que unos hombres soñolientos luchaban con la digestión del almuerzo mientras que escuchaban los ruidos nasales de una voz monótona mezclada con el gorreo de los pájaros errantes...

— Luis el Grande en un día de privación de salida, murmuró Raimundo Eudeline, que tenía aún muy frescas las sensaciones del liceo.

Al pasar por delante de la sección 2ª, comisión del divorcio, salió de ella un repugnante gnomo tripudo, encorvado, con la joroba y las facciones burlonas de un polichinela sobre una tez amarillenta y febril.

— ¿Cómo va, señor Caduffe? dijo el viejo Izoard apartándose respetuosamente para dejarle paso.

El enano dibujó en sus gruesos labios un gesto diabólico.

— No va mal, amigo Izoard. Pero con la ley complementaria que estoy á punto de hacerles tragar, antes de diez años el matrimonio francés ante el cura y el alcalde... ris... ris...

Imitó el célebre gesto de sierra del Polichinela asesino y desapareció por la esquina de la galería tarareando una canción provenzal de palabras obscenas.

— Está bueno ése con su ris... ris... ¿Cómo me voy á equilibrar si se suprime el matrimonio?

El que así hablaba era Roberto de Fabry, un guapo moreno, amigo de Wilkie y padrino suyo en su reciente duelo. Fabry era el diputado más joven de la Cámara, á la que le habían enviado loselectores de la Guadalupe... *Princeps juventutis*... También á él le aplicaba el antiguo profesor ese dictado virgiliano, lleno de simpatía por el enérgico carácter del criollo y por su jacobinismo exaltado y exacerbado como todo lo que procede de las colonias. Pero esa simpatía costaba cara á Izoard, porque jamás se había visto en el Palacio Borbón un jugador ni un *sablista* de la fuerza de aquel joven *Roberto Macaire*.

— ¡ Ah! mi querido maestro...

Se arrojó sobre Pedro Izoard y le arrancó del brazo

de Raimundo, al que aparentó no conocer aunque le había encontrado veinte veces con Wilkie.

— ¡ Ah! mi viejo veterano del 48; qué alegría me da encontrar á usted; qué calor da usted á mi corazón y cómo renueva usted y afirma en él mis jóvenes creencias...

Y añadió muy de cerca, al oído:

— ¿ Puede usted prestarme diez luises?

La pequeña cabeza blanca y sedosa de Izoard formuló con un movimiento enérgico un no contundente.

— No es por mucho tiempo, créalo usted... Antes de que se cierren las sesiones le devolveré exactamente esos diez luises y todos sus antecesores.

Para estar más lejos de Raimundo y de los ujieres, se le llevó al hueco de una ventana entreabierta y allí le contó que acababa de leer su informe á la comisión con un éxito enorme.

— ¿ Qué comisión?

Dando vueltas al monóculo con el extremo de los dedos, el criollo señaló al fondo del pasillo.

— Secciones 6 y 7. Nuevas mensajerías para Montevideo y Buenos Aires. Una magnífica partida que el ministro de Marina acaba de ganar para nosotros.

Pedro Izoard frunció las anchas cejas.

— ¡ Qué! ¿ también ése tiene que ver con la caja de Jacques Walter?

— ¿ Por qué no? dijo el criollo enseñando sus blancos dientes muy separados. No habrá robado su dinero. Si yo gano cincuenta mil francos como ponente, bien puede él, como ministro, llevarse cien mil.

Se produjo un momento de silencio alterado tan sólo por el piar de los gorriones. De repente el viejo se separó de la ventana.

— Señor Fabry, es usted un cínico. Acaba usted de calumniar á un hombre á quien insisto en creer honrado, á un republicano de los buenos tiempos, incapaz de toda villanía. Aquí están los diez luises, joven... y que no le vuelva á usted á encontrar en mi camino.

Con la cara enrojecida y los ojos fuera de las órbitas, sacó de su pantalón á lo húsar, también de los buenos tiempos, un puñado de oro, haciendo sonar al mismo tiempo las llaves, el reloj, los dijes, el cortaplumas y todo lo que había en el bolsillo, y con gesto de repugnancia los arrojó en la mano fina y enguantada que se tendía hacia él. Después cogió del brazo á Raimundo y le dijo:

— Ven, amigo;... el ministro no saldrá en mucho tiempo... Vamos á esperarle en el salón de conferencias.

Y se llevó al joven consigo con la celeridad que la cólera comunicaba á sus piernas.

— ¿Qué le pasa á Izoard? Ese hombre se está volviendo tonto; tendrá que ponerse en cura.

Mientras los ujieres testigos de la escena decían esas palabras en voz alta, el joven diputado se colocó las monedas de oro una por una en el bolsillo del chaleco, y una vez hecho su arqueo, volvió la espalda y encendió uno de los exquisitos cigarros rusos que su amiga la princesa Nadaloff acababa de enviarle á la cantina de la Cámara, con una lata de caviar.

En aquella legislatura se fumaba mucho en la Cámara. Se fumaba en los pasillos, en las comisiones, y los más fumadores eran los diputados de la generación de Gambetta, los hombres entre treinta y cinco y cincuenta años más bien que los muy viejos ó muy jóvenes. Ro-

berto de Fabry era una excepción á causa de su origen americano. Otro detalle llamó la atención del joven Eudeline, que nunca había visitado tan minuciosamente el palacio Borbón ó lo había hecho cuando no tenía todavía bien abiertos los ojos. Todos los diputados, cuando se paseaban por las galerías ó por los vestíbulos, tenían el mismo modo de acercarse y como envolver á su interlocutor; un brazo en su hombro, la cabeza inclinada y un aire de protección y de suficiencia, familiaridad que no desagradaba cuando venía de la altura de un *leader* de la Cámara, de uno de los cuatro ó cinco jefes de *claque* que dirigen toda la comedia parlamentaria. Raimundo recordó involuntariamente que en la Asociación de los estudiantes, cuando los miembros del comité de los treinta y tres tenían que hacerse alguna confidencia, su modo y su actitud al hablarse eran iguales.

— ¿De qué te ríes? preguntó el anciano taquígrafo. Y cuando Raimundo le comunicó sus impresiones, el bueno de Izoard se puso á hablar solo, dando tormento á su larga barba blanca:

— Sí; ¡Diputado!... el bello ideal de la juventud actual, como lo era el bastón de mariscal para los antiguos soldados; el poder con que sueñan ahora todos los bachilleres. En realidad, siento haber estado tan duro con ese pobre Fabry, un chiquillo, que nunca había estado en París hasta que vino como diputado y que no ha tenido defensa alguna contra las tentaciones. Los más culpables son sus electores, esos imbéciles, que confían la representación de un gran país y encargan de hacer sus leyes á un joven de veinticinco años cuya vida es una página en blanco, y á quien la

experiencia no ha dado aún esos arañazos que se ven en los ángulos de los ojos y en las comisuras de los labios, señales mil veces más significativas que el sello de una facultad al pie de cualquier diploma... Decididamente he hecho mal: no es con Fabry con quien yo debía desahogar mi cólera, sino con la cuadrilla de los Caduffe, de los Barnés, de los Valfón, ese atajo de tratantes, y de vividores que no vienen al Cuerpo legislativo más que para redondear sus negocios y para traficar con sus votos. Y su mayor crimen es aún rebajar más cada día el nivel de las conciencias, corromper hasta el aire que se respira... Á esos sí que se les debía dar un recorrido y batirles sin piedad la badana. ¡ Ah! los muy bribones! Lo que están haciendo de esta Cámara y lo que esta Cámara va á hacer del país!...

El buen Izoard se animaba al hablar y su metálica voz meridional vibraba en los altos vestíbulos á pesar de las advertencias de Raimundo que le apretaba el brazo y trataba de reducirle al diapason de una conferencia reservada.

— Entre nosotros, señor Izoard, enteramente entre nosotros; ¿ es verdad que hay diputados que son miembros de la policía?

— ¡ Cómo de la policía!... ¿ Quieres preguntar si hay diputados á sueldo del prefecto de policía ó del director de seguridad?... ¡ Mil pares de demonios! ¡ Pues no nos faltaría más que esa infamia!

El marsellés se quedó inmóvil y como clavado en su sitio, de estupor y de indignación; pero casi en seguida, con la movilidad y la impresionabilidad propias de su raza, sacudió su asombro.

— Después de todo, dijo, la policía es bastante baja

para escurrirse en cualquier sitio. ¿ Te he contado mi aventura del club Barbés, en 1848?...

Izoard hizo esta pregunta con la enlonación tímida é inquieta de los pobres viejos que piden indulgencia para sus pesadeces, y Raimundo se resignó á oír contar una vez más, después de tantas otras, la aventura del club Barbés.

Pero llegaron en esto al salón de conferencias, donde unos jóvenes que estaban á la entrada escribiendo cerca de una mesa, saludaron al taquígrafo con una amistosa ovación que cortó su relato.

— Aquí está el terrible censor.

— Viva la social, ciudadano Izoard...

— *Fait tira Marius*. Si París tuviera una *Cannebière*...

El marsellés distribuyó prontas y vivas respuestas y unos cuantos apretones de manos y pasó sin detenerse.

— Son periodistas, dijo al joven Eudeline llevándosele consigo;... buenos muchachos, aunque un poco flojos de alma y de carácter. Los hay que hasta son honrados, pero, en general, el aire de estos pasillos es para ellos tan funesto como para todo el mundo.

Raimundo estaba asombrado al ver á su amigo tan perpetuamente duro con toda clase de gentes.

— Pero, en fin, señor Izoard; usted es republicano sin embargo.

— Soy republicano de los buenos tiempos, republicano del 48, como tu padre...

— ¿ Y por qué no está usted contento?

— Porque los franceses no saben usar lo que poseen y todo lo destrozan... La herramienta de la República era sin duda muy buena... ¡ Estaba tan poco usada!... Pero la hemos falseado inmediatamente.

Al rededor de Izoard y de Raimundo, en aquella vasta estancia enlosada y revestida de mármol, se oía un rumor vago de multitud, como en una iglesia ó un museo, y los diputados paseaban de un extremo á otro discutiendo con un interlocutor abrazado por los hombros, según ritual, ó se sentaban en un diván para hablar con los electores de gran bulto á quienes no querían recibir en el salón contiguo, destinado á los clientes menudos y á la morralla.

— Ven por aquí, amigo, dijo el viejo dirigiéndose á esa segunda sala... Te decía hace un momento que, en Francia, los republicanos no saben servirse de su herramienta... Vas á ver la espantosa herida que el país se está haciendo con el sufragio universal... Por esa abertura se escapa toda la sangre de sus venas...

Y señalaba á una valla de madera, como las que se ven en la entrada de los teatros, que separaba la galería en que se encontraban de un gran portalón cubierto de cristales, invadido ruidosamente por el público. Á cada momento un ujier, de pie delante de la barrera, entregaba á otro, sentado junto á una mesita á la entrada, la tarjeta de un elector, con el nombre del diputado á quien éste quería ver. Un tercer ujier iba á buscar al diputado de sala en sala.

Pedro Izoard, muy conocido de todo el personal, no hizo más que una seña al ujier Loustalet, hombre de cabeza cana y crespas, para que éste le dejase un sitio al lado de su mesita.

— Aquí estarán ustedes en primera fila para ver la comedia, murmuró Loustalet enjugándose el sudor de la frente y de las mejillas, tan rojas como los galones de su gorra.

Los primeros para pasar eran precisamente personas de su país, los Restouble, de Regallon (Var). Restouble el mayor, propietario del *café de los Blancos y de la Gendarmería*, había muerto hacía más de un año, después de lo cual el propietario del *café de los Rojos* había conseguido que le dieran el alojamiento de los gendarmes, una ruina para la pobre viuda de Restouble, pues los Blancos no consumían ni la mitad que los Rojos y su *café* no producía un céntimo. Viendo esto, los dos hermanos de su difunto, el uno cura de Regallon y el otro secretario del ayuntamiento, se metieron en el tren con la buena mujer y con su chica, decididos á no volver al pueblo hasta que el señor Trescol, el diputado conservador, hubiera conseguido para la viuda de Restouble el alquiler que la ayudaba á vivir ó una compensación cualquiera.

Júzgnese con cuánta impaciencia se esperaba al señor Trescol y qué escena cuando la larga y solemne persona, de gravedad de avestruz, del antiguo fiscal de Draguignan se irguió detrás de la barrera frunciendo desdeñosamente la descomunal nariz, sobre la que cabalgaban unos lentes ahumados, y mirando alternativamente con el mismo gesto de terror la tarjeta en que resplandecía el nombre de los Restouble y la niña de verde y de amarillo que una señora con cara de caballo le presentaba relinchando. « ¿Qué quieren de mí estos personajes? Ignoro absolutamente quiénes son », decía enérgicamente la mímica del señor Trescol. En el momento, el cura de Regallon se aproximó á la valla, acompañado por su hermano el secretario del ayuntamiento y cogieron á la pequeña cada uno de una mano para presentársela al diputado. El respetable señor Trescol, al ver á

la niña presentada por electores de tal importancia, la reconoció inmediatamente — ¡pues no faltaba más! — y en un delicioso cambio de decoración, se inclinó benevolamente hacia la pequeña señorita Restouble, le acarició las mejillas con cariñosos golpecitos y le dirigió deliciosas sonrisas que no se armonizaban con sus anteojos negros ni con sus austeras patillas de antiguo golilla. Por último se los llevó á la galería próxima, donde, les dijo, estarían mejor para hablar, y mientras toda aquella aristocracia de Regallón pasaba tras él la barrera con la cabeza erguida, la multitud de los electores, siempre creciente, le dirigía miradas de envidia y entregaba al ujier nuevos nombres, para llamar á otros diputados, á otros, y á otros... hasta nunca acabar.

— ¿Qué me dices de este trabajo de sanguijuelas? preguntó el viejo á Raimundo, con el que había vuelto á entrar en el salón de conferencias. Como puedes comprender, no van á devolver sus gendarmes al café de los Blancos, puesto que los llevaron hace meses al de los Rojos: hará falta, pues, dar un puesto en correos ó un estanco á la viuda de Restouble, y esto sin contar con que los hermanos no habrán hecho el viaje á humo de paja. El secretario, próximo á retirarse, pedirá una jubilación, y el cura costará todavía más caro, pues es el primer accionista de la empresa Trescol... Y este pillaje, esta desbandada á que hemos asistido dura desde muy temprano, y continuará hasta la noche, para volver á empezar mañana, y así todos los días durante esta legislatura y la siguiente, y la otra, hasta que la Francia agotada no tenga ya ni una gota de sangre en las venas.

Dieron algunos pasos en silencio por la vasta galería

en la que los diputados iban siendo más numerosos á medida que se aproximaba la sesión. El nuevo ministro de Marina estaba sin duda todavía en la comisión, porque nadie le había visto, y Raimundo Eudeline, sin dejar de pasear sus miradas en derredor, hizo esta pregunta á su amigo el taquígrafo:

— ¿Y qué cree usted que sería necesario hacer para sanear el régimen parlamentario y hacerle mejor?

— ¡Oh! muchas cosas, hijo mio... pero ante todo cerrar la Cámara por dos ó tres años. Los franceses aprenderían durante ese tiempo á buscarse la vida en otra parte que en la despensa del Estado... Yo cerraría las puertas de la Cámara, pero dejaría, por supuesto, las ventanas abiertas para airearlo y purificarlo todo... porque hay una verdadera peste en el palacio Borbón. En él las piedras están tan contaminadas como los hombres y por eso el mal se propaga con tanta prisa... Mira, allí tienes á nuestro nuevo ministro de Marina y de las Colonias... Dime si no tiene en este momento todo el aspecto de estar atrapando algún miasma.

Apoyado en el zócalo del *Laoconte* cuyo bronce verdoso parecía retorcerse de dolor en uno de los extremos del salón de conferencias, Marcos Javel de levita negra y pantalón gris, con su aire de comodidad y sus fáciles ademanes de hombre de *sport*, saboreaba, muy rodeado de amigos y admiradores, la alegría de su primera cartera, pues hasta entonces no había sido más que subsecretario. Roberto de Fabry y Jacques Walter que hablaban con él con animación, se separaron discretamente al ver venir á Izoard « el mala lengua » como le llamaba el joven diputado de la Guadalupe.

— Le desembarazo á usted de dos granujas... Y eso es

de agradecer, señor ministro, dijo en tono bromista el decano de los taquígrafos.

— Vamos, vamos; un poco de indulgencia para la juventud, señor Izoard.

Aquello no fué más que un matiz; pero se vió que el tono y las maneras de Marcos Javel se levantaban hasta la altura de su nueva grandeza. El pedestal del hombre de Estado había crecido uno ó dos dedos. Así resultó visiblemente sobre todo en la acogida solemne que hizo á Raimundo cuando el marsellés se le presentó: « El hijo de su camarada Eudeline, un republicano de los que ya no se ven ».

— En efecto, he tenido ocasión algunas veces de encontrar á su señor padre de usted, dijo el ministro recalcando el señor y dirigiendo al joven ese saludo altanero y casi imperceptible que establece una inmensa distancia entre dos interlocutores; recuerdo que era un fiel soldado de la República.

El viejo, cuya barba empezaba á enfurrñarse ante aquella recepción violenta, interrumpió nerviosamente:

— Victor Eudeline y usted, señor ministro, si no me acuerdo mal, eran de la misma logia, y en nuestras famosas comidas del viernes santo cuando usted no ocupaba la presidencia, era Eudeline el que le reemplazaba. Bueno es decir que en aquellos tiempos raro era el que faltaba á esos festivales de protesta del libre pensamiento, mientras que hoy...

El ministro sonrió retorciéndose el bigote. En efecto, no lo ocultaba. Esa protesta del viernes santo le parecía infantil y, sobre todo, en oposición con las generaciones nuevas, que no pensaban como sus mayores...

— Oiga usted, querido maestro; aquí mismo, hace

un instante, estaba hablando con uno de los diputados más jóvenes...

— Y más honrados... dijo con sorna el viejo de larga barba.

Marcos Javel continuó sin que pareciese que había oído la interrupción:

— Pues bien, el señor de Fabry, amigo de Wilkie Marqués y su padrino en ese desgraciado asunto Jaequand, me estaba contando que en vista de la gravedad de la herida, los padrinos, casi todos jóvenes, habían acordado unánimemente instalar á la cabecera del enfermo un sacerdote y una hermana de San Vicente, convencidos de que así respetaban sus creencias. Ahí tiene usted un hecho muy significativo.

Las miradas del viejo echaban chispas.

— Es verdad que en mis tiempos, cuando teníamos un duelo, no llevábamos solideos al terreno. En todo caso, créame usted, señor ministro; este parlamento puede incubar fuerzas nuevas y jóvenes si la generación que llega es mojigata, pero el país no ganará nada en que suban al poder. Teníamos bribones y tendremos hipócritas.

Izoard se exaltaba y hablaba fuerte. Los diputados que rodeaban al ministro se aproximaron con sonrisas de vacilación y como á la expectativa. Marcos Javel dirigió una mirada circular de indulgencia y de severidad.

— Usted habla siempre de bribones, señor Izoard, ¿dónde ve usted que haya tanto como eso?

— Habría que arrancarse los ojos para nos verlos, señor ministro.

Y con la entonación hueca y lírica de Federico Le-

matre, una gloria de su tiempo, el marsellés declamó en una actitud enfática :

Allí no murieron todos,
Mas todos fueron heridos...

En seguida, señalando á un resplandeciente personaje, gordo y calvo, que se aproximaba con la cabeza erguida y la levita muy abierta, en medio de una formación de reverencias y de sonrisas, continuó con su voz natural :

— Ahí está su colega de usted, Vourey, á cuyo lado se sentó usted esta mañana en el Consejo de ministros; ¿ podemos decir que es un hombre honrado? Cuando ese antiguo maestro de escuela pescó el ministerio de Correos y Telégrafos estaba pobre y delgado como un clavo... Ahora, miren ustedes el pelo que ha echado... Y rico en proporción... Pero lo será más todavía si la Cámara aprueba su proyecto de ley para sustituir con hilos de aluminio los del antiguo telégrafo. Jacques Walter no oculta que tiene reservados millones para los individuos de la comisión.

En todos los grupos se oyó un murmullo de desaprobación que animó al ministro para dirigir á su adversario una frase seca y desabrida :

— Va usted demasiado lejos, señor mío.

— ¡Demasiado lejos! Pregunte usted al joven Eudeline, cuya hermana es empleada de telégrafos, cómo se las compone Vourey para que pague el Estado los alquileres de la casa en que vive la Casati, la linda bailarina de *Folies-Bergères*. En la oficina central de la calle de Grenelle nadie ignora la artimaña de los alquileres. Un piso espléndido cedido á precio ridículo, siempre que el ministro...

Marcos Javel se encogió de hombros :

— ¿ Será niño este Izoard?... ¡ Está tan joven como hace veinte años! ¡ Y tan cerca de su jubilación sin embargo!

Sin observar la palidez que cortó la facundia del marsellés al oír la palabra jubilación, el ministro se volvió hacia Raimundo :

— Veamos, joven, el tiempo apremia; ¿ qué tiene usted que pedirme?

Bien fuese la majestad del lugar, aquel palacio del Parlamento, con sus anchos salones inundados de luz y sus helados muros de mármol; bien el nuevo título de Marcos Javel y su glacial acogida, el pedestal, en fin, el aumento de altura del pedestal, ello fué que jamás Raimundo sintió ante su protector una emoción ni una timidez semejantes. Quiso hablar de Antonín, del servicio militar que se aproximaba para el pobre hermano menor y de las responsabilidades crueles que su padre le había impuesto, pero ninguno de sus pensamientos encontraba expresión adecuada, las palabras le faltaban y balbuceaba como su hermano. Por fin, Pedro Izoard, repuesto á su vez de su turbación, tuvo lástima del muchacho :

— Déjame hablar, hijo mío; si no, no acabaremos nunca. En primer lugar, hay cosas en la vida de tu padre que tú no sabes y que solamente conocemos el señor Javel, tu madre y yo, porque él nos las confió al morir.

El ministro se creyó en el caso de suspirar y hacer un gesto de lástima :

— En efecto, recuerdo el triste episodio á que usted alude... Pobre Víctor Eudeline... Era un hombre sin la talla necesaria para los negocios..

— Supo morir, sin embargo, para salvar á sus hijos de la miseria y de la deshonra... y eso es bastante hermoso como talla.

Apenas soltó esta respuesta, Izoard se arrepintió de sus palabras y haciéndose el humilde preguntó al ministro si podría procurar al más joven de los hermanos Eudeline algunos de los favores que el mayor había obtenido tan fácilmente, es decir, un año de servicio en vez de cinco y las facilidades necesarias para seguir ganando el pan de su casa. Porque había que convenir en que, á dosis iguales de energía y de buena voluntad, entre Raimundo, antiguo premio de honor de filosofía en el concurso general, doctor en derecho y licenciado en letras, y Tonín, su hermano menor, pobre obrero electricista, era el obrero el que hasta entonces había mantenido á su gente y hecho el verdadero papel de sostén de la familia. Por eso el muchacho debía obtener los beneficios de su misión, ya que había sufrido los inconvenientes.

¡Ah! viejo hablador é iluso... ¿Cómo hacerle callar? Cada una de sus palabras era un mordisco en el orgullo del hermano mayor, furioso por haber dado aquel paso y mucho más cuando el ministro dijo la última palabra, sabiamente meditada para los diputados que le oían :

— Pues bien; quiero que este joven se lleve de aquí la prueba y la convicción de que los que hacen las leyes saben respetarlas y hacerlas respetar. Como hijo mayor de viuda y sostén de su familia, Raimundo Eudeline tenía privilegios y prerrogativas á que no puede aspirar su hermano. Que no espere, pues, nada de mí; ni la sombra siquiera de un favor ni de una recomendación. Sería una injusticia que no soy capaz de cometer...

Pero el señor presidente llega; permítanme ustedes, señores, que vaya á saludarle antes de que ocupe su puesto.

Se despidió vivamente por medio de una seña hecha con la punta de los dedos y siguió á la multitud que se dirigía hacia el fondo de la galería, donde se oían voces de mando y el rítmico choque de las culatas de los fusiles en las losas.

— Se acabó, conozco á Marcos Javel, dijo Izoard cogiendo del brazo á Raimundo, que no sabía lo que le pasaba... Comprendo que haya entrado en el ministerio Valfón; es tan tunante como los demás. Pero éste tiene mejor forma y un aplomo que le hará llegar más lejos que ninguno de ellos. En cuanto á vosotros, ya podéis desistir de contar con él para nada en lo sucesivo.

Confundidos con los diputados y los periodistas los dos amigos se aproximaron al salón de sesiones, que acababa de abrirse. La galería que conduce desde el salón hasta las habitaciones particulares del presidente estaba ocupada por dos filas de bayonetas y de pantalones rojos, y á poco se vió venir por ella al alto magistrado que pasó acompañado por dos oficiales con la espada desnuda. Verdadero tipo de presidente de asamblea, tenía el aspecto solemne, el busto más largo que las piernas y una cabeza rizada y gris, á la que servía de aureola el ala de un sombrero de copa. Cuando apareció, todas las frentes se inclinaron. Una voz mandó: « ¡ Presenten armas! » y batieron los tambores en el eco de las sonoras bóvedas.